



*Foto Rafael Reyes Hidlago*

***In memoriam***  
***Jesús Enrique Barrios***  
***(1936 - 2019)***

***Poeta venezolano***  
***Director de la revista Principia***  
***Docente de la Universidad***  
***Centroccidental Lisandro Alvarado***



*El poeta Barrios con su  
sempiterno amigo, Florencio  
Sánchez.*

## LAS TARDES DE DIOS Y DEL POETA

*Freddy Castillo Castellanos*

Casi todas las tardes, el Poeta nos lee viejas y nuevas frases de lo que, recordando a Bataille, podríamos llamar su Suma Ateológica. Reinaldo Rodríguez le regaló una libreta para que las compilara. Ya lleva reunidas más de trescientas. Ayer, por ejemplo, nos dijo: “Hay que vigilar a Dios: se le puede ocurrir una creación parecida a esta”.

--

Las sentencias (algunas son brevísimos relatos) se encuentran dispersas en sus libros y combinan cierta crueldad nihilista con un ateísmo atenuado. “Dios es perfecto. Precisamente, por eso, no existe”, afirmó una vez.

--

El filósofo Guillent Pérez, que era primo suyo, cuando le oyó decir un día: “Dios, en una de sus caminatas por el universo, descubrió al hombre”, le ripostó: “Creo que eres un creyente ateo”. Ninguno de los dos citó a Cioran en ese momento, pero no estaban muy lejos del rumano.

--

“Los últimos que vieron a Dios fueron Adán y Eva”, afirma una de las entradas de su cuaderno. Florencio y yo, que tratamos de “contestar” cada frase, pensamos que esa, justamente, permite deliciosas y viejas herejías, porque supone la existencia de seres humanos anteriores al “primer hombre” y a la “primera mujer”. Al Poeta no le disgusta la especulación, dado su apego al concepto griego de eternidad.

--

Acerca de la luz y la oscuridad una vez le oímos decir que la falla divina estuvo en hacer más abundante la segunda que la primera. “Eso benefició al príncipe de las tinieblas”, añadió con lógica implacable.

“No era para menos. Era su ángel predilecto”, respondió Florencio, que a veces hace de “abogado del diablo”, es decir, de abogado de Dios.

--

Ante sus asertos, en ocasiones sólo es posible callar; otras, reír. Por ejemplo, ante esta declaración resulta imposible no hacer lo último:

“Cuando Cristo dejó el pelero, dijo: ahí les dejo a ese Dios todopoderoso”.

--

Emilio Urbina encuentra que en algunos viejos aforismos del Poeta sobre Dios hay una evidente incursión en la escolástica. Y en los más recientes, un retorno a la patristica. Aquellos que su autor considera herejes, son leídos por Emilio sólo como frases de un ateo. Otros –los más numerosos-, no son ni herejes ni ateos. Son una involuntaria reivindicación de los Padres de la Iglesia. Ciertamente, en muchas de las frases del Poeta, la presencia de Dios no es negada. Es, por el contrario, reconocida, bien para rebajarla, disminuirla o humanizarla, pero reconocida, al fin. Algunos de esos aforismos rozan la herejía. Sin embargo, casi todos son reminiscencias patristicas y hasta escolásticas.

Florencio, el Poeta y yo, sonreímos complacidos con las estupendas precisiones de nuestro querido teólogo particular. Sabemos, además, que esta lectura de Emilio agradará a Cecilia.

--

Puestos a encontrarle una filiación filosófica, pronunciamos el nombre de Spinoza. El Poeta se alegra y nos revela su respeto por el panteísmo spinoziano. “Hombre ebrio de Dios”. Nos dice que así lo llamó Novalis.

--

El Poeta lee nuevos textos aforísticos. Como siempre, Dios aparece en ellos. Le digo que Dios es uno de sus personajes más fieles, un personaje que lo acompaña en casi todo lo que ha escrito. Como si uno no pudiera desamparar al otro. “Sí, es un personaje”, me responde. En una de las nuevas frases, se lamenta: “Dios debe hablar muy bien con los muertos, porque con los vivos no habla jamás”.

--

Hoy, cuando llegamos nos contó que mi llamada lo había sorprendido entre el sueño y la vigilia. No estaba dormido, pero tampoco despierto. El teléfono no lo sacó de su duermeverla. Por el contrario, parece que lo metió más en ella.

Él conversaba con alguien. Nada menos que con Dios. Al salir de ese estado, escribió enseguida lo que le había dicho a Dios:

“Sí, Yo sé que está muerta, pero no me la dejes ir más lejos de mí. Todavía me está dando la taza de café y con la mirada me sabe decir en todos los idiomas lo que los dos queremos. Déjala que me queme definitivamente y dile que la espero con el florero lleno de magnolias recién cortadas después de la lluvia. Y dile que fue ella sola, solita la que me dijo el mundo que yo quería, y que ahora no lo tengo y por eso no sé, aparte de estarla viendo siempre, qué más hacer”.

Me dice el Poeta que si mi llamada hubiese durado unos segundos más, todo se le habría borrado. Duró lo necesario para no sacarlo de su entresueño paradójico y permitirle oír el dictado de un poema.

--

Una de sus entradas “ateológicas”, validada por nuestro jesuita personal, quien ya expidió el correspondiente “Nihil obstat” para el futuro libro, me sirvió como ejemplo de relato breve en un reciente taller literario:

“-¡Por fin habló Dios!  
-¿Y qué dijo?  
-¡Que nadie pregunte nada!”.

Mi amigo es Jesús Enrique Barrios. Todos lo llamamos el Poeta. Y lo es, sin duda alguna. Él tendrá las suyas sobre Dios. Sobre su alta condición de poeta, yo no tengo ninguna.

Conversar con él es un lujo que me doy casi todas las tardes.

Freddy Castillo Castellanos.  
Fragmentos de un diario inédito